

Jóvenes de la posrevolución y nuevas prácticas políticas en Nicaragua (Entrevista a Elvira Cuadra-Lira*)

ENTREVISTADOR: HUMBERTO ABAUNZA-GUTIÉRREZ**

Humberto Abaunza-Gutiérrez: *¿Por qué los jóvenes y las prácticas políticas están en el centro de la investigación “Jóvenes de la posrevolución y nuevas prácticas políticas en Nicaragua”?*

Elvira Cuadra-Lira: Quiero investigar la transformación en el tiempo de las prácticas políticas, considerando que en el país, los discursos oficiales y no oficiales recuerdan insistentemente las acciones colectivas y las prácticas políticas de las generaciones pasadas, interpelando a los jóvenes de hoy para reproducirlas y emularlas.

En este trabajo escogí a los jóvenes de las generaciones más jóvenes, a los que llamo jóvenes de la posrevolución como sujetos de estudio para analizar un proceso de cambio social que transcurre en la sociedad nicaragüense y que quiero explorar desde la perspectiva de la sociología histórica, es decir, desde el largo plazo.

En términos poblacionales, los jóvenes constituyen una de las grandes mayorías del país. Actualmente, la sociedad nicaragüense vive un período de transición demográfica. También, en la tradición política del país, se atribuye a la juventud un gran protagonismo político y capacidad de agencia.

La familia, las congregaciones religiosas y el barrio son los espacios concretos que escogí para observarlas, porque casi siempre se han considerado espacios privados, espacios de la no-política y porque los jóvenes muestran un apego muy fuerte a esos espacios.

H. A. G.: *¿Cuál fue el sustrato teórico-conceptual por el que optaste para este estudio?*

E. C. L.: Seleccioné tres grupos de teorías. Con el primero (Alpízar, Tanguenca, Alvarado) intenté un acercamiento a la categoría de las

juventudes desde perspectivas críticas que van más allá de las corrientes que las definen como épocas y edades de tránsito. Desde esta perspectiva, los jóvenes son concebidos como sujetos con agencia, con capacidad de construir y actuar de diversas formas, en diversos espacios y momentos culturales, políticos, económicos y sociales.

Con el segundo (Hirschman, Norris) intenté una aproximación a las prácticas y la participación política en las sociedades actuales destacando las nociones de ciudadanos “descontentos” y “desencantados” de la democracia y que intentan explicar el sentimiento de la desafección respecto a los políticos, las prácticas y los espacios de participación política porque en términos prácticos no son funcionales para la solución de sus problemas más inmediatos relacionados con la calidad de la democracia, la eficiencia de los servicios públicos y la solución de sus expectativas de consumo en las sociedades capitalistas neoliberales.

Y con el tercero (Beck, Harvey, Sennet) procuré situar a los actores en interacción con diferentes espacios para comprender la forma en que esas interacciones cotidianas moldean subjetividades, percepciones y prácticas respecto a la familia, las congregaciones religiosas y la política.

H. A. G.: *También construiste e incorporaste la noción de capitalismo neoliberal de posguerra.*

E. C. L.: Sí, efectivamente. Desde mi punto de vista, los cambios que se han estado produciendo en Nicaragua han dado lugar a una configuración social de características específicas que podríamos denominar como *capitalismo neoliberal de posguerra* y que tiene

* Maestra en Sociología. Investigadora nicaragüense y ex-directora ejecutiva del Instituto de Estudios Estratégicos y Políticas Públicas (Iepp).

** Maestro en Sociología (Lovaina, Bélgica). Doctorante en Ciencias Sociales (UNA, Costa Rica).

como características relevantes las siguientes: una economía neoliberal, un régimen político definido como democracia liberal, y una sociedad de posguerra.

Los antecedentes se encuentran en la época de la Revolución Popular Sandinista y la virtud más significativa es que permitió y amplió diversas formas de inserción social y participación activa de los individuos en todos los campos de la vida social. La participación política se convirtió en una de las formas de inserción social más importantes, permitió la posibilidad de construir una utopía que tenía su expresión más concreta en proyectos de realización personal pero adquirió una dimensión colectiva. Las condiciones de posibilidad estaban dadas por los vínculos organizativos y sociales construidos durante esa época, a pesar de la guerra.

A partir de los resultados electorales de 1990 (derrota electoral de la Revolución Popular Sandinista e inicio de la “era democrática”) se instaló en el país un sistema capitalista neoliberal que dio preeminencia al mercado y el consumo como formas de inserción social, así como la percepción de un mundo en transformación acelerada, fuera de control. En consecuencia, la sociedad nicaragüense tuvo que lidiar al mismo tiempo con el riesgo que implica el cambio, la incertidumbre que produce la globalización y las inseguridades vitales propias de las sociedades de posguerra.

H. A. G.: *¿Cómo se operó este cambio en Nicaragua?*

E. C. L.: La transición política, la pacificación y la instalación del neoliberalismo terminaron reconfigurando al Estado, la economía y la política en su sentido más amplio. El mercado y el consumo desplazaron todas las otras formas de inserción social. El Estado se convirtió en su facilitador y la política, en un conjunto de prácticas para legitimarla. Las condiciones de posibilidad que la Revolución Popular Sandinista creó para facilitar la inserción social y hacer realidad los proyectos de vida personales y colectivos, se transformaron y redujeron en esta nueva época.

En Nicaragua, las vías para la construcción de proyectos de vida y futuro son limitados para los jóvenes porque convergen factores complejos

como la globalización, la posrevolución y la posguerra. La globalización y el neoliberalismo desarticulaban el acceso a bienes y servicios básicos, el empleo y la educación. Los tejidos organizativos y sociales que sostuvieron la posibilidad de la utopía se resquebrajaron, y lo que pervive no ha sido suficiente para recrearla.

H. A. G.: *Entonces, ¿qué opciones tienen los jóvenes, por ejemplo, del Barrio Santa Rosa de Managua?*

E. C. L.: Las posibilidades de futuro para los jóvenes están en otra parte: en la migración o en una nueva utopía egoísta centrada en su bienestar y el de su familia. El tejido social y organizativo para construir cualquiera de estas dos posibilidades se encuentra en espacios donde se reconstruyen vínculos de confianza y solidaridad vitales y en los que pueden apoyarse para intentar realizar sus proyectos: la familia, la congregación religiosa, el barrio y ciertas formas de participación como los grupos de interés, grupos comunitarios y culturales, entre otros. Las prácticas y los espacios de la política convencional ya no les ofrecen posibilidades de realización y han sido desplazados.

H. A. G.: *Indiscutiblemente, esto implica múltiples tensiones en la vida de las y los jóvenes. ¿Cómo se manifiesta esto en la familia?*

E. C. L.: En nuestra propia vivencia como país, hemos experimentado que la familia nunca ha sido ese espacio idealizado, sino que está atravesada por fuertes tensiones que se expresan por las relaciones de poder y por las diferentes visiones existentes entre los jóvenes con su padres, por ejemplo, sobre las oportunidades de inserción social disponibles y las expectativas que alimentan.

Estas tensiones han afectado la confianza básica entre ambas generaciones, así como entre los jóvenes y las colectividades políticas y sociales del pasado. Las relaciones entre los jóvenes, los adultos y el mundo exterior están mediadas por las tensiones y temores de las experiencias vividas y por la incertidumbre por el futuro. En consecuencia, los jóvenes y sus padres procuran restablecer los vínculos familiares de confianza básica que les provea de una red de protección para materializar sus proyectos de futuro y realización individual.

Sin embargo, una tensión profunda está presente. En el imaginario de jóvenes y adultos, el cambio social y la mejora de sus propias condiciones de vida estaban estrechamente ligados a los grandes momentos políticos como el derrocamiento de la Dictadura Somocista y la Revolución Sandinista. Sin embargo, con el cambio de contexto se instaló un sentimiento de frustración y desilusión. La política como una práctica que posibilita el cambio, perdió sentido. Los padres intentan proteger a los hijos de la desilusión y la precariedad reteniéndolos dentro de la familia, o bien, animándolos a migrar. Esperan que los jóvenes puedan materializar el proyecto que ellos vieron truncado con la guerra y la finalización de la Revolución Sandinista. Los hijos, por su parte, se mueven entre el deseo de no repetir los relatos de sus padres y encontrar su propio camino de realización enfrentándose a la incertidumbre que les produce salir al mundo caótico y acelerado del mercado.

H. A. G.: *¿Qué pasa en el barrio?*

E. C. L.: El barrio también está cruzado por tensiones que provienen de las dinámicas económicas que el mercado ejerce sobre el espacio físico y las rutinas tradicionales del vecindario, especialmente las de la solidaridad y la organización barrial. La presión de las dinámicas del mercado han provocado una reconfiguración acelerada del espacio físico y la fisonomía del barrio, de igual forma, han transformado algunas de las rutinas de sus habitantes como el hecho de permanecer más tiempo fuera de sus casas para asegurar la subsistencia económica de las familias, o bien, sustituyen tradiciones como los juegos en la calle por nuevas interacciones en sitios como los *ciber*. En el medio, permanecen algunas rutinas y tradiciones como las ventas de comidas populares (fritangas) y ciertas actividades comunitarias que intentan recrear los vínculos de solidaridad pasados. El barrio representa para los jóvenes una especie de espacio de protección, donde encuentran seguridad y ciertas certidumbres que le dan sentido a su vida.

H. A. G.: *¿Cuál es el rol de las congregaciones religiosas?*

E. C. L.: En las congregaciones religiosas los jóvenes encuentran certidumbre. Tienen la

particularidad de ser el espacio menos precario en términos económicos respecto a la familia y el barrio. Jóvenes y adultos acuden allí buscando darle sentido a su existencia y sus proyectos, buscan un discurso que sirva de referente simbólico a su búsqueda de la utopía y que legitime su proyecto personal. Las iglesias proveen prácticas y estructuras organizativas que sustituyen y recrean las prácticas de proximidad y solidaridad de la política en otro tiempo. Son espacios de encuentro y reconocimiento en condiciones simuladas de igualdad y fraternidad.

Las congregaciones religiosas han terminado sustituyendo las ideologías políticas que antes servían como referencia de acción, y se presenta como alternativa para construir una utopía personal y colectiva. El repliegue de los jóvenes y sus padres a los espacios privados de la familia, el barrio y la congregación religiosa reduce el riesgo y hace previsible el daño que les pueden ocasionar las lógicas del capital neoliberal. El cálculo es entonces una acción racional que reduce el riesgo, la incertidumbre y el temor al cambio. Eso no es extraño cuando en Nicaragua, además del riesgo social y económico, los jóvenes enfrentan una percepción de alto riesgo político por la polarización y porque la participación no deviene en resultados o beneficios tangibles.

H. A. G.: *¿Qué ocurre con las prácticas políticas de los jóvenes?*

E. C. L.: Los jóvenes no están dispuestos a “arriesgarse” participando en acciones como lo hicieron las generaciones que les precedieron, incluidos sus padres, porque no le ven sentido práctico de utilidad para su realización personal y colectiva. El desencanto con la política se acrecienta y se expresa en el rechazo claro y abierto a los liderazgos políticos, las instituciones de la política, las acciones y las posibilidades de cambio, pero no se refiere a la política per se, sino a sus efectos prácticos. Es decir, es un rechazo a las prácticas políticas convencionales y sus resultados en términos de bienestar y condiciones de vida.

La idea de la gran utopía que significó la Revolución, que condensó amplias y profundas expectativas y deseos, es vivido por padres e hijos como una gran desilusión individual y

colectiva, y el resultado es un ciudadano crítico y desencantado que prefiere replegarse a los espacios privados y concentrar sus esfuerzos en su propia realización personal y el bienestar de su familia. De hecho, el legado de la Revolución Sandinista se considera perdido, pues las grandes reivindicaciones sociales fueron disminuidas con el establecimiento del modelo capitalista neoliberal de posguerra. Los tejidos sociales de organización y participación que perviven de esa época son identificados como fragmentados y están estigmatizados por los discursos políticos.

A los jóvenes no les interesa participar en la arena pública a través de las acciones y prácticas políticas convencionales representadas por los partidos políticos y los movimientos sociales, sino a través de espacios y prácticas construidos a partir de una compleja relación privado-público-privado. La congregación y las prácticas religiosas parecen haberse convertido en el espacio de encuentro y de comunidad donde se comparten valores que no son políticos en principio, pero que sirven como referentes para orientar las opiniones, preferencias y comportamientos políticos de los jóvenes.

La política y las prácticas políticas que posibilitaron la inserción y realización de sus padres, ya no existen más y lo poco que quedó de ellas no es funcional a sus intereses y proyectos. El sistema capitalista neoliberal de posguerra no ha propuesto otras formas de participación para sustituirlas, incluyendo al mismo FSLN ahora en el gobierno. Eso es así porque hay una disociación muy fuerte entre el discurso oficial, las formas de democracia directa que proponen y la realidad de las políticas económicas neoliberales a las que se ha dado continuidad. La oportunidad de realización a través del consumo está limitada a una minoría; el resto ha emprendido una búsqueda que intenta recrear las posibilidades de organización y participación que les permitan posibilidades de inserción en este nuevo contexto. La búsqueda no ha concluido, el proceso está en curso de manera que Nicaragua todavía es una sociedad en transición.

H. A. G.: ¿Qué tipo de métodos utilizaste en este trabajo de investigación?

E. C. L.: Principalmente, dos encuestas sobre cultura política juvenil, posteriormente entrevistas individuales con jóvenes y observación participante para analizar las dinámicas del barrio Santa Rosa.

H. A. G.: ¿Cómo se inserta este trabajo de investigación en el debate general sobre las Ciencias Sociales?

E. C. L.: Por un lado, en el sentido de que nuestras propias realidades no pueden ser encasilladas en teorías construidas en otros lados y en otros contextos, por lo tanto, hay que tener una mirada crítica, una mirada nueva, sin prejuicios, estableciendo diálogos e intentando construir nuestras propias categorías de análisis.

H. A. G.: ¿Qué opinión te merece el hecho de que los estudios de juventud producidos en Centroamérica tienen una visibilidad limitada tanto en la subregión como en Latinoamérica?

E. C. L.: Los científicos sociales de Centroamérica tenemos el reto de escribir, documentar, visibilizar y hacer nuestras propias lecturas sobre la realidad centroamericana. Las ciencias sociales fueron las más recientes en desarrollarse. Además estas disciplinas estuvieron muy vinculadas y comprometidas con los proyectos políticos y los movimientos sociales y mucho menos relacionadas con el convencionalismo de la academia. Este hecho ha contribuido a su invisibilidad porque no siempre se cumple con los parámetros rígidos y ortodoxos de una academia libresca y de espaldas a las realidades sociales de nuestra subregión.

H. A. G.: ¿Alguna novedad en la producción de conocimiento sobre juventud en Nicaragua?

E. C. L.: En general podemos decir que ha habido dos corrientes: una más enfocada en la relación juventud y desarrollo enfatizando en temas sobre educación, trabajo, inserción social, etc.; otra más interesada en los estudios culturales y la antropología de la juventud interesada en temas de identidad, memoria histórica, etc. En la actualidad, hay una nueva generación de jóvenes investigadores preocupados en entender a su propia generación. Es una generación crítica de los investigadores nicaragüenses precursores de los estudios de juventud en el país, que por supuesto ahora son mayores, en consecuencia, el diálogo entre unos y otros no ha sido fácil.

H. A. G.: *¿Una última reflexión que no quieras dejar en el tintero?*

E. C. L.: En la actualidad, el debate sobre juventud en Nicaragua se ha colocado en la tensión entre adultismo y juventud, que en realidad es colocarlo en la tensión entre adultismo y juvenilismo. Sin embargo, creo que hay que abrir puertas de diálogo, abrir las miradas y los oídos para dialogar sobre los diferentes trabajos que se están haciendo.

La producción en juventud en términos académicos todavía está en proceso de gestación. Es preciso avanzar más allá de los estudios del desarrollo. Pensar en las personas como sujetos. Trascender la agenda de Naciones Unidas y de la cooperación internacional.